LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 4 DE NOVIEMBRE DE 1889 — NÚM. 410

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA MUSICA, cuadro de Gile

Exposición Universal de París. Bellas Artes. Sección Austro-húngara

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA MÚSICA, cuadro de Gile

Exposición Universal de París. Bellas Artes. Sección Austro-húngara

El autor del cuadro que reproducimos ha simbolizado la música huyendo de la severidad de las antiguas escuelas clásicas, materializándola por decirlo así, y sin embargo no ha podido menos que poner en su obra un alado geniecillo como para indicar que hay en el divino arte algo superior á todas las reglas de la composición, del contrapunto, de la armonía, etc., y que ese algo no es otra cosa que la inspiración, el genio que podrá no resolver problemas pero que hace sentir.

Desde el punto de vista de la ejecución distínguese este cuadro por la elegancia y distinción con que están tratadas las figuras y por la verdad y finura así del frondoso arbusto del primer término en cuyas ramas se mece el pequeño músico como de los esbeltos árboles que en el fondo se destacan.

MARINA (Amsterdam), cuadro de J. M. Marqués

Lo que dijimos en uno de nuestros anteriores números á propósito de unas marinas análogas de nuestro distinguido colaborador que entonces publicamos, ténganlo por reproducido nuestros lectores y nos ahorrarán repeticiones que podrían parecer inútiles; los aplausos que en aquella ocasión prodigamos al autor háyalos éste por nuevamente otorgados, con lo cual nos evitará la tarea nada fácil de buscar nuevas palabras que expresen una misma idea, un mismo sentimiento, cual es de admiración hacia sus obras. ¡Es tan difícil la variedad en las alabanzas!

CUENTO GRACIOSO, cuadro de Canuto Ekwall

Los fisiólogos y los psicólogos han escrito y discutido mucho sobre la diversidad de risas según las causas que las promueven y el temperamento ó estado de ánimo de los que se ríen, mas de todas estas disquisiciones especulativas en su mayor parte solo resulta: primero que cada cual tiene su manera de reirse y segundo que son pocas las cosas que hacen reir á todos los que las ven, oyen ó sienten.

Una de estas pocas es indudablemente, á juzgar por el efecto que en todo el auditorio produce, el cuento que narra el protagonista del cuadro de Ekwall, pintura que, además, confirma el otro de los dos principios sentados. En efecto, examínese atentamente la expresión de las dos docenas de rostros que en el cuadro figuran y se encontrarán otros tantos matices de la risa desde la más franca y descarada á la más disimulada y pudorosa, todos ellos reproducidos con tanta gracia y habilidad que casi llegan á hacer mirar como secundarias otras muchas bellezas que la obra contiene.

BODA DEL DUQUE DE FRIAS EN BURGOS, 1805 cuadro de L. Alvarez

La ceremonia, los personajes que en ella intervienen y la época y el lugar en que se verifica se prestaban para un hermoso cuadro en que los trajes, la agrupación de las figuras y los detalles de ornamentación compitieran en distinción y en belleza. Alvarez ha sabido apoderarse de tan valiosos elementos y combinarlos con exquisito gusto y gran riqueza de colores dando con ello una nueva prueba de lo mucho que vale como pintor de género. El cuadro que hoy reproducimos de este ilustre compatriota es digno *pendant* del que hace poco publicamos del mismo autor con el título de «Oficiales de Napoleón I obsequiados por damas de la aristocracia italiana.»

ANTES DEL ENSAYO, cuadro de Federico Fehr

Una bailarina novicia tan bella como inexperta en ciertos lances ha recibido una carta en la que á vuelta de mil apasionadas protestas se le hacen otras tantas proposiciones deslumbradoras: la tentación es grande y el medio ambiente en que vive no es el más á propósito para resistirla y por si algo falta para inclinar la voluntad la compañera avezada á este género de aventuras á la que ha acudido en demanda de consejo, no dejará de echar el funesto peso de su influencia en el platillo de la balanza.

El autor del bellísimo cuadro en que esta escena está tan hábilmente reproducida nació en Werneck (Baviera) en 1862: en 1878 entró en la Academia de Munich, en donde estudió bajo la dirección de Strahuber, Gyula Benczur y Luis Lofftz hasta 1884, época en que habiendo ganado una pensión pasó á completar sus estudios en Italia. Allí permaneció cuatro años pintando entre otros cuadros de género y de paisaje los titulados *Calle en la Riviera*, *Borriqueros romanos*, *La Campagna de Roma*, etc. Desde 1888 reside en Munich y se dedica con gran éxito á reproducir escenas de la vida moderna.

DE LA LUZ Y DE SU SIGNIFICACION en las fiestas religiosas civiles

A los cuarenta días justos de la Natividad, celebró la Virgen su purificación. Rivadeneira explica muy clara y elocuentemente la ceremonia judía, cumplimentada por los padres de Jesús con arreglo á las antiguas leyes. Disponían éstas la oblación del primogénito á Dios. Cuando no pertenecía el hijo primero de un matrimonio á la sacra tribu de Leví, los padres suyos hallábanse obligados en su presentación al templo y en su oferta consiguiente al Eterno, de rescatarlo por cinco siclos, moneda correspondiente con los francos de ahora. En el rigoroso código litúrgico de los hebreos, tal disposición emanaba de otra no menos importante, de aquella que disponía entregar también al sacerdote los animales primogénitos para su inmolación y sacrificio. Muy obligados los israelitas á Dios, por haberlos extraído con su fuerza del cautiverio egipcio, conmemoraban todos los actos recordatorios de su libertad. Y así como celebraban la noche del Exodo con pan ázimo, cordero pascual, báculo en las manos y cinto en los riñones, también celebraban aquel acto de la cólera divina que inmoló todos los primogénitos de sus tiranos y llenó toda la región de lloro y terror, facilitándoles, con misericordia para ellos y terror para los demás, aquella su redentora fuga. El Talmud guarda las ordenanzas dispositivas de todo el ceremonial usado en matrimonios y partos. Por autoridad imperiosa de tales ordenanzas, toda mujer que pariera hijo debía retirarse una cuarentena seguida, con el fin de purificar su cuerpo, la cual cumplida estaba en la obligación de ir al templo y ofrecer un recental, un pichón y una tórtola. Esta cuarentena se doblaba, sumando hasta ochenta días, en caso de parir la mujer hija. Cuando los recursos no alcanzaban á comprar un recental, disponían las leyes que se comprasen ó un par de pichones ó un par de tórtolas. San Lucas refiere así todo lo que nosotros referimos ahora. «Y pasados los ocho días del parto dispusieron los padres la circuncisión del niño, poniéndole por nombre Jesús, el cual nombre habíanlo dicho los ángeles, mucho antes de que fuese concebido en el claustro materno. Y como se cumplieran los días de la purificación, conforme con las leyes de Moisés, trajéronlo á Jerusalén y presentáronlo al Señor. Está escrito en las leyes: todo varón primogénito será consagrado al Eterno. Y queriendo presentar la ofrenda conforme con lo preceptuado en las liturgias, María y José ofrecieron un par de tórtolas. Y como viviera entonces en Jerusalén un hombre santo, llamado Simeón, esperaba éste las consolaciones mesiánicas para Judá y la venida indeclinable del Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo le anunció como no moriría sin ver cumplida la llegada ó advenimiento de Cristo. Y cuando introdujeron al niño Jesús los padres en el templo para obedecer las leyes y seguir las costumbres, tomólo en sus brazos, y bendíjolo en el cántico, alzado á la continua por las iglesias nuestras, y que se llama, como aquel que lo entonó, cántico de Simeón. Ya puede morir tu siervo, dijo, conforme, Señor, á tu palabra, en paz; porque han visto sus ojos la salvación, aparejada en presencia de todos los pueblos, y venida para revelarse á los gentiles y ser la gloria de Israel. Y José y María maravillábanse de las cosas que iban escuchando. También se hallaba allí por aquel entonces Ana, profetisa, engendrada por Fanuel, perteneciente á la tribu de Aser, la cual había venido á edad muy crecida y vivido siete años con su esposo. Mas, viuda, y de ochenta y cuatro años, no se apartaba del templo, sirviendo á Dios noche y día con ayunos y oraciones, y sobreviviendo á él en la hora misma que Simeón confesaba juntamente al Redentor y hablaba de él á todos los que aguardaban la redención en Jerusalén.»

Encontrándose Rivadeneira con la purificación, para él extraña, de María, Virgen purísima, y con el cumplimiento, para él incomprensible, de leyes dictadas por el Antiguo Testamento, explica el caso de la siguiente manera, en el capítulo que titula: Fiesta de la Purificación de la Virgen María, Nuestra Señora, y de la presentación de su Hijo en el templo. «Claro está, dice, que el bendito Niño Jesús, y su gloriosa Madre, no estaban obligados á la guarda de estas leyes, porque el Hijo era Dios, y legislador, y Señor de la ley; y la Madre era Madre de Dios, y Reina, y Princesa de todo lo criado. Y además de esto, las mismas leyes con sus palabras los eximían y exceptuaban de aquella obligación, porque la ley de los primogénitos decía: que el primogénito que abriese camino para salir de las entrañas de su madre, fuese ofrecido al Señor, y Cristo salió por aquella puerta oriental de la Virgen, profetizada por Ezequiel, dejándola cerrada y sellada. Y la segunda ley no obligaba sino á la mujer que concebía por la vía ordinaria, y la Virgen sacratísima concibió al Verbo eterno por virtud del Espíritu Santo, sin detrimento de su natural pureza. La purificación de las paridas era para limpiarlas de las inmundicias del parto; mas la que quedó más limpia que el sol y más hermosa que la rosa y que la clavellina, no tiene esa obligación, porque ¿cómo puede purificarse la pureza, esclarecerse la luz, blanquearse la blancura y hermosearse la belleza? Y por esta causa el Evangelista sagrado, diciendo que se cumplieron los días de su purgación, añadió divinamente aquellas palabras, según la ley de Moisés, dando á entender que aquella purificación era según la ley, y no según la Virgen, porque, según ella, no podía llegar ese día, porque era la misma limpieza y más resplandeciente que el sol. Ofreció asimismo la Virgen un par de tórtolas ó palominos, para cumplir con la ley de la purificación. No ofreció cordero figurativo, así porque ofrecía el verdadero é inocente cordero, que quita todos los pecados del mundo, como porque era pobre y amiga de la pobreza, como lo era su benditísimo Hijo, el cual, siendo Rey de la gloria, había tomado hábito y figura pobre para enriquecernos, y era justo que apareciese lo que era, y con esta humildad reprimiese nuestra presunción y soberbia, que, siendo pobres, queremos parecer ricos, y siendo pecadores, queremos que nos tengan por inocentes y santos.» Hasta aquí el P. Rivadeneira.

La festividad hermosísima de la Purificación trae aparejada en el culto y liturgia nuestros, un reparto de velas que indica la devoción de todos los pueblos arios al resplandor de su día y al éter de su luz. Desde los tiempos más apartados, cuando en la pagoda india se inicia la religión de nuestras razas arianas, brilla sobre las aras el fuego, que todo lo esclarece y que á la manera de Dios, en quien se juntan muerte y vida, todo lo devora y lo depura. Ningún elemento en la Creación significa tanto la pureza y sirve tanto á las purificaciones como la llama. Cuando queréis aligerar el sordo é inerte metal, descomponer su fortísima cohesión, volatilizarlo, hacerlo aeriforme, lo arrojáis á un horno candente, de muy altos é intensos enrojecimientos. Pues bien, las culpas nuestras, los errores nuestros, las humanas impurezas, purifícanse de suyo en las llamas; por lo cual explicamos el cirio, el candelabro, el incienso, el fuego sacratísimo, el ardiente lampadario, las luces místicas brillando al pie de todos los dioses. Nuestra fiesta de la Purificación se denomina también fiesta de la Candelaria; y se denomina fiesta de la Candelaria, porque las mujeres, muy especialmente, llevan este día ofrendas al templo, y en cambio reciben albas candelillas. Y así como las verdes velas del tenebrario sirven á conjurar las tempestades, por su parte sirven estas candelas en los partos. El hábito de repartir velas y luminarias por febrero data de muy lejos, pues ya lo tuvieron sus habitantes en la Roma primitiva. Muy pobladas las antiguas riberas del Tíber por lobos asoladores, erigieron templos á un dios campestre, que persiguiese las manadas múltiples de animales tan dañosos y preservase á los inocentes rebaños de su voracidad. Unas fiestas celebraba el paganismo romano por febrero; y en tales fiestas repartíanse antorchas, cual se reparten candelas hoy, en la Candelaria nuestra. Cierto que de todo cuanto nos parece propio y original nuestro hay antiguas y seculares tradiciones en el mundo. Celebramos nosotros el solsticio de invierno con cenas y comidas abundantes, mientras el mundo antiguo también solía celebrarlos de igual suerte con una festividad llamada saturnal, por la que damos el nombre de saturnales á todos los excesos en comer y beber. A donde quiera que volvamos los ojos vemos patente señal de las devociones consagradas por los fieles arios al resplandor de la madre luz. Todos los inspirados profetas hebreos nos dicen á una en cánticos armoniosos y corales, que los cielos narran la gloria de Dios. Todas las voces, desde aquellas que despiden las aves hasta las que despiden los espíritus, entonan á las alboradas y á los amaneceres un himno. Al Oriente atribuímos así la cuna del sol como la cuna del pensamiento. El brahamán indio, el judío levita, el sacerdote latino, el cura católico, se vuelven todos á Oriente, pues nuestras iglesias colocan su altar por regla general hacia la parte del cielo, por donde viene la vivificadora luz. Esa colocación de las fuentes bautismales á la izquierda siempre de nuestras iglesias, los rayos de oro y las constelaciones de pedrería que circundan nuestras custodias, la hostia de harina pura colocada entre cristales resplandecientes, el tabernáculo aromado de incienso, el blanco lino extendido sobre la tabla del altar, la grande lámpara pendiente de los cruceros y encendida con tanto cuidado, las seis velas, tres á la derecha y tres á la izquierda, en representación de los escasos planetas conocidos en el antiguo sabeísmo, indícanos bien claramente porqué usamos las albas candelas en la purificación de María, luna de nuestro cielo espiritual, que nos recoge dulcísima en el seno suyo la claridad sobrado viva para nuestros ojos del resplandor divino, enviándonoslo mitigado y poético, á fin de que podamos recibirlo en lo más hondo y esencial de nuestro ser sin recelo alguno de que nos ciegue y nos abrase. ¿Comprendéis ahora toda la razón suficiente que preside á festividad tal como la Candelaria?

EMILIO CASTELAR

LA LEYENDA DEL FARO DE EDDYSTONE

Este faro, del que con razón se muestra orgullosa la Gran Bretaña, es el primero que el hombre ha elevado en medio del mar y el que mejor resiste hasta ahora la incontrastable furia de las olas. Está situado en la bahía de Plymouth, á diez y siete millas de la costa y en uno de los muchos arrecifes que surgen á flor de agua en aquel sitio.

Colocóse la primera piedra el 12 de junio de 1727 y la última el 24 de agosto de 1759, siendo de advertir que el estado del mar, proceloso con frecuencia en aquellas costas, no permitió trabajar más que ciento doce días. Pero el ingeniero Smeaton, su constructor, supo vencer todas las dificultades que á su empresa se oponían, y gracias al sistema de construcción que consiste en ensamblar todas las piedras de una misma hilada por el método llamado de *cola de milano*, y merced también á la precaución de reunir todas las hiladas entre sí por medio de cuñas de mármol que las atraviesan de parte á parte, construyóse el edificio, por decirlo así, de una sola pieza. De este modo puede resistir sin menoscabo los embates de las olas que, en ciertos momentos, suben terriblemente arremolinadas hasta á 8 ó 10 metros por encima de la cúpula luminosa, fuera de que el relieve particular de la torre amortigua los choques, pues en lugar de estrellarse las olas sobre una superficie rectilínea, tropiezan con una curva, por la que trepan deslizándose, sin ningún daño para el edificio.

Al divisar desde un buque aquella torre esbelta y solitaria, saliendo de entre un círculo formado por mugidoras masas de espuma, se comprende la etimología del nombre de Eddystone dado al escollo que la sostiene (*eddy*, torbellino, y *stone*, piedra).

Esta monumental construcción tiene, como otras muchas, su leyenda, que vamos á narrar, extractándola de la *Revista británica* y que, prescindiendo de su parte dramática, dará al lector una idea del triste género de vida que deben sobrellevar los torreros ó vigilantes de los faros.

«Al escribir estas líneas, dice el protagonista de este episodio semi-marítimo, semi-terrestre, no me propongo referir un cuento, sino hacer una confesión para aliviar mi alma de la pesada carga que sobre ella gravita muchos años há.

La de marino fué mi primera profesión. Después de vacilar entre varias, cierto día me contraté á bordo de la fragata mercante *Neptuno* que, después de hacer un viaje redondo, me llevó al puerto de donde había partido. ¡Qué oficio tan rudo es el de marinero! Esto no obstante, cuando tuve que arbitrar de nuevo medios para vivir, pensé en pedir otra vez trabajo al mar; sólo que como el servicio del *Neptuno* me había disgustado de la marina



MARINA (Amsterdam), cuadro de J. M. Marqués

mercante, resolví alistarme en la militar, con cuyo objeto fuí á Plymouth.

La ocasión no era propicia, pues al llegar á Devonport, supe que no había ningún barco de armamento. Por fortuna me quedaba algún dinero, el suficiente para aguardar diez ó quince días. Entré pues resueltamente en *Admiral Rodney's Tavern*, donde tomé un cuarto bastante bueno, y como no conocía los alrededores, me entretuve en recorrerlos, pasando así agradablemente el tiempo.

Trascurrieron de este modo quince días, y de buen grado habría consagrado el resto de mi vida á este *far niente;* pero no contaba con la huéspeda, ó mejor dicho, con el huésped, el cual me volvió á la triste realidad, presentándome la cuenta. La pagué como era natural, pero esto aligeró mi bolsa lo suficiente para hacerme comprender que el tiempo de los ensueños había pasado. Por fortuna, mi patrón era hombre honrado y compasivo, y me dió buenos consejos, entre otros el de que marchara inmediatamente á Bristol, donde me sería fácil encontrar colocación en un buque mercante, determinación mucho más cuerda que esperar indefinidamente el armamento de un barco del Estado.

Estaba reflexionando en lo que el posadero me aconsejaba, cuando penetró en la sala un hombre ya entrado en años.

– Amigo Juan, ha volado otro pájaro, – dijo al posadero; – el nuevo gorrión se ha escapado también de la jaula, y van tres en dos meses.

· El señor llega á propósito,—me dijo el patrón. – Se le ofrece á V. una colocación magnífica, á no ser que le cause á V. asco el aislamiento y la regularidad en el trabajo.

– ¿De qué se trata? – le pregunté.

– El señor es inspector de faros. El guardián del Eddystone se ha marchado de pronto. ¿Quiere V. su plaza? Este destino será muy á propósito para V., porque, – añadió riendo,—ó mucho me equivoco, ó me parece que no le gusta á V. sobremanera el trabajo.

La proposición me agradó y la acepté inmediatamente. Aceptáronme también con gusto porque presenté buenos certificados y no había ningún aspirante á aquel destino. cosa que no dejó de extrañarme un poco. El inspector me dijo que debía firmar un contrato por seis meses, porque ya estaba cansado de que desertaran los empleados nuevos á los pocos días de servicio. Yo estaba tan contento que me brindé á firmar el contrato por un año; pero el inspector se sonrió y me dijo que bastaban seis meses.

Según lo había indicado el posadero, aquel empleo me cuadraba, y allá para mis adentros me daba el parabién por mi suerte. Buen sueldo, víveres en abundancia, habitación abrigada, vida fácil, ¿qué más podía desear? Al pensar en ello, no acertaba á comprender la causa que había obligado á mis predecesores á dejar el servicio, y como no atinara con ella, supuse que serían de esos hombres que no se contentan con nada, ni se encuentran bien en ninguna parte.

No dejaba de presumir que la residencia en un faro tendría algo de monótona, mas para obviar este inconveniente, compré algunas cosas propias para distraerme, entre ellas una baraja, una caja de música y un libro de chistes y de canciones populares. Además, como todavía me quedaba algún dinero y sabía que en mucho tiempo no tendría ocasión de gastarlo agradablemente, dí una fiesta, es decir mandé venir tres músicos, y á los chillones sonidos de una flauta y dos violines, pasamos la noche bailando en una sala interior de la posada. ¡Cuántos años han transcurrido desde entonces! ¡No he vuelto á pasar una noche tan feliz!

A la mañana siguiente me despedí de mi patrón, y me embarqué en una lancha destinada al servicio del faro. Por el camino, un marinero me hizo observar que iba á empezar mi tarea en viernes.

– ¿Qué me importa? – contesté. – ¿Soy acaso una mujerzuela para temer los viernes?

– Allá veremos, – replicó el supersticioso marinero.

Reíme de él, y para demostrar cuán poco cuidado me daban sus palabras, añadí que en adelante no llevaría otro nombre que el de *Friday* (viernes) como el negro compañero de Robinson Crusoe. ¿Acaso no iba á habitar una isla desierta como él? Recuerdo muy bien este incidente. ¡Oh! entonces estaba yo lleno de esperanza.

Hacía muy buen tiempo y soplaba una leve brisa. A las tres horas de navegación llegamos á la roca de Eddystone y desembarcamos sin dificultad. Transportaron á la torre las provisiones que llevaba la lancha, después de lo cual enderezó ésta el rumbo á Plymouth, dejándome solo, ó mejor dicho, con mi compañero de guardia.

Era éste un viejo escocés, de cara de pocos amigos, aspecto sombrío y al parecer nada comunicativo. Sin embargo, me enseñó mi nueva vivienda, la cual me convino.

Yo no había visto nunca el interior de un faro: el pie ó base de la torre era una robusta y maciza mole de mampostería; sobre ella había cuatro pisos y por remate la linterna. Los dos pisos inferiores servían de almacenes; el tercero de cocina y en el cuarto teníamos las camas. Reinaba allí la misma economía de espacio que en un buque, y, lo propio que á bordo, observé que allí predominaba la misma limpieza. La única diferencia consistía en el reducido espacio que quedaba para moverse, por lo menos en sentido horizontal; no se podía hacer ejercicio sino subiendo y bajando, mas al pronto no reparé en ello.

– Viviré aquí cómodamente y con todo el sosiego apetecible, – pensé. – Después de andar por el mundo, como lo he hecho cuando navegaba en el *Neptuno*, debo tenerme por dichoso con encontrar semejante asilo. Y en efecto, no es muy grato estar de cuarto á bordo de un buque, durante una noche fría y lluviosa, desagradablemente zarandeado por los cabeceos y bandazos de la embarcación, ó encaramarse á las vergas para coger rizos á las velas durante un temporal. Precisamente recordaba que el año anterior, hacia la misma época, doblaba el cabo de Hornos en el *Neptuno;* pasamos tres semanas arrostrando fatigas y zozobras continuas, sin que nos fuera posible desnudarnos ni dormir siquiera una hora con tranquilidad. El proceloso mar, con sus olas cortas y duras, no nos daba punto de reposo, mientras la brisa glacial del polo antártico nos azotaba el rostro y las manos con heladas partículas de nieve. Cuando no achicábamos el agua con las bombas, teníamos que estar día y noche atentos á la maniobra, y para colmo de desdicha, se iban agotando las provisiones y no podíamos pasar... Y ahora, ¡qué contraste! Sólo tenía que ocuparme de cuidar una lámpara y de velar algunas horas en un cómodo sillón; contaba con buena comida y buena cama; estaba á cubierto de las tempestades y podía dormir con toda seguridad. Nadie negará que la diferencia era notable.

¡Cuán ajeno estaba yo de creer que muy pronto echaría de menos la vida que con gran satisfacción había dejado, y que muy pronto trocaría las dulzuras presentes por las rudas tareas de mi antigua profesión!

Después de ver los pisos inferiores de la torre, mi guía me hizo subir á la linterna, y me explicó el mecanismo del aparato y mis nuevas funciones, con cuyo motivo descendió á detalles tan minuciosos, aun cuando el asunto no se prestaba á largos discursos, y habló tanto, que sus explicaciones me aburrieron soberanamente. En seguida bajé á nuestro cuarto, donde me ocupé en mi instalación.

Al anochecer, mi compañero y yo volvimos á subir á la linterna, y allí me enseñó á encender el aparato y á dirigir su luz. Después de esta lección, bajé de nuevo al cuarto, pues como debía velar la mitad de la noche, juzgué necesario prepararme con un buen sueño. Sin embargo, no pude conciliarlo en seguida; empezaba á experimentar el sentimiento de la soledad. Al pronto supuse que esto procedía de lo nuevo de mi situación, y buscando algo en que entretenerme, fijé la vista en la biblioteca de mi compañero, si tal nombre puede darse á media docena de libros colocados en un estante. Cuando niño había leído algunos de aquellos libros; los otros no me parecieron interesantes, porque nunca he sido aficionado á las lecturas religiosas; así pues, dejé en paz la biblioteca del viejo guardián.

En la pared había colgados dos anteojos de larga vista; los cogí, los desarmé y me entretuve en limpiarlos, no porque lo necesitasen, sino por pasar el tiempo de algún modo. En seguida abrí los cajones de los muebles que había en la habitación y no encontré en ellos más que una serie de grabados que representaban las señales del faro, un libro en que estaban explicadas, la ropa de mi compañero, muchas herramientas de carpintero y otras fruslerías; pero nada á propósito para distraerme. Con todo, formé empeño de no ceder al abatimiento, y aunque no tenía apetito, bajé al piso en que estaban nuestras provisiones, y cogí un pedazo de carne salada: lo comí con gusto, me hice un vaso de grog, encendí la pipa y dí cuerda á la caja de música.

Púseme entonces á pensar en mi vida y en mis aventuras pasadas, y vine á deducir que la ocasión era á propósito para acometer una empresa que más de una vez me había propuesto realizar: la de escribir mis Memorias. Aquella idea me agradó, y al punto empecé á reflexionar cómo empezaría; pero cuando hube fumado dos ó tres pipas y mi caja tocado muchas veces todas sus piezas, noté que había pasado el tiempo bastante de prisa, y que dentro de una hora debería entrar de guardia. No era, pues, cosa de poner tan tarde manos á la obra; y pensé que sería mejor subir á la linterna y aguardar la hora de empezar mi servicio, haciendo mientras tanto compañía al viejo escocés.

Le encontré leyendo la Biblia, lo cual me hizo poca gracia, no porque haya ningún mal en leer la Sagrada Escritura, sino por contrariarme el que mi único compañero fuese un hombre grave, fastidioso, insociable y por añadidura beato. Casi me arrepentí de haber aceptado mi nueva plaza, y desde luego me vituperé por no haber tomado informes sobre mi futuro comensal. Creo que echó de ver mi mal humor, porque dejó á un lado su libro, metiendo sus anteojos á guisa de señal entre las hojas que estaba leyendo.

—¿No se aburre V. nunca en esta roca?—le pregunté venciendo mi repugnancia y sentándome á su lado.— Esta torre es una residencia algo triste y solitaria.

—Sí,—me respondió,—á veces me encuentro algo solo aquí; pero lo mismo me sucedería en todas partes, porque no tengo parientes ni amigos sobre la tierra: he aprendido á bastarme á mí mismo.

—Entonces también podrá V. prescindir de mi compañía ahora y siempre.

MANUEL ARANDA

(Continuará)



CUENTO GRACIOSO, cuadro de Canuto Ekwall



BODAS DEL DUQUE DE FRIAS CELEBRADAS EN BURGOS EN 1805, cuadro de L. Alvarez



La oracion fúnebre de la rosa. – UN PAUSADO CORTEJO IBA Á DARLE SEPULTURA

LA ORACIÓN FÚNEBRE DE LA ROSA

POR M. FERNANDO BEISSIER

Dibujos de las Srtas. A. J. y M. Pariset

I

Una rosa se moría.

Su tallo se doblaba lentamente y poco á poco palidecía su corola.

En vano habían intentado las mariposas y las abejas reanimarla con el suave calor de sus caricias; en vano se inclinaban las blancas lilas dejando caer sobre la pobre flor algunas gotas de rocío piadosamente conservadas que heridas por el sol brillaban como perlas misteriosas.

En vano había procurado el viento levantar su caído tallo. ¡La rosa se moría!

Poco á poco, desaparecían sus bellos colores, sus hojas caían y los pétalos de su corola se iban apartando como para dejar más libre el paso al alma de la flor que con su último perfume se escapaba.

Las margaritas rezaban inclinando sus virginales coronas; las violetas lloraban ocultas entre la hierba, no atreviéndose, sin embargo, á renunciar á su última esperanza y pensando que la rosa era demasiado bella para morir cuando el sol brillaba y las hojas brotaban todavía, cuando tanto faltaba aún para la llegada del invierno y cuando seguían murmurando sus armoniosos cantos los límpidos arroyos.

En las ramas de los árboles los pájaros permanecían silenciosos en sus nidos: presa de ansia mortal todos esperaban fijos sus ojos en la rosa cuya palidez aumentaba por momentos. Las currucas estaban inquietas, los ruiseñores inclinaban la cabeza; las cigarras, de ordinario tan charlatanas, permanecían en absoluto mutismo. Era aquella la primera rosa del año que de tal modo desaparecía y decíanse todos que no tardaría en llegar el momento de ir, como ella, á dormir el sueño eterno.

En el cielo las espesas nubecillas se quedaban inmóviles sin saber porqué el viento interrumpía su perpetua marcha hacia lo desconocido.

De repente, en medio de ese general silencio, dejóse oir un suspiro apagado y un misterioso perfume se esparció por el ambiente envolviendo á todos, seres y objetos inanimados, en su delicioso aroma. Era el alma de la rosa que volaba al cielo.

La flor se había desprendido de su tallo esparciendo por el suelo sus mustios pétalos. La infeliz yacía sobre el césped al pie del rosal en donde había vivido y brillado; las demás flores habían simultáneamente doblado la cabeza cual si quisieran darle el postrer adiós; las mariposas habían cerrado sus pequeñas alas. Pronto circuló la noticia entre los pájaros que se posaban en las ramas y en las malezas. La Rosa, la primera rosa de la estación había muerto.

II

Y al llegar la noche, á la luz de la luna cuyos rayos plateaban alas y cálices, un pausado cortejo iba á darle sepultura.

Caminaban en primer lugar las lilas levantando sus altas cabezas á guisa de banderas y en pos de ellas un escarabajo de aspecto grave y de verde raso vestido ostentaba entre sus manos la varita de maestro de ceremonias.

Los claveles con sus trajes de terciopelo rojo precedían á las belloritas que inclinaban tristemente sus elegantes gargantillas bordadas en rosa y azul y á dos cigarras que al compás de sus címbalos entonaban una lenta y dulce melopea. Venían luego las margaritas y las prímulas formando larga fila de inmaculada blancura y las violetas con sus enlutados vestidos é inmediatamente detrás de ellas la rosa muerta que colocada en una ancha hoja verde llevada por dos grillos, más que muerta parecía dormida. Cuatro botones de oro sostenían orgullosamente las cuatro cintas que pendían del féretro.

Seguían después las demás flores entre dos filas de langostas armadas de largos tallos de hierba, las mariposas tan desconsoladas que daba pena verlas, los paros, las currucas, los ruiseñores cantando una marcha fúnebre y todos los demás pájaros de los lugares vecinos. Cerraban la marcha blancas ramas de ogiacanto sirviendo de orla al fúnebre cortejo á cuyo paso las hojas de los almendros movidas por el viento dejaban caer sus lágrimas en forma de gotas de rocío...

III

Al pie del mismo rosal donde vivió la rosa, una hormiga había cavado en la tierra húmeda un pequeño agujero en el que podría aquélla dormir tranquila el eterno sueño. La luna iluminaba toda la escena sin dejar un solo rincón oscuro, y á la luz de sus claros reflejos la rosa, tendida sobre su hoja verde, parecía por instantes resucitar animada por un soplo de vida lejano y misterioso. Los grillos que la conducían la depositaron suavemente en la fosa mientras las cigarras repetían más lenta y tristemente aún que la vez primera su melopea y las violetas, los claveles, las prímulas y las margaritas se arrodillaban y rezaban. Después, todos depositaron uno á uno un poco de tierra en la tumba, no sin antes haber tomado de manos del escarabajo una brizna de hierba mojada en el cercano arroyo que cada uno sacudía piadosamente tres veces sobre la rosa. Muy pronto quedó completamente tapado el pequeño agujero; las lilas y los ogiacantos se inclinaron por la última vez ¡todo había concluído! El césped cubriría de nuevo el sitio en donde reposaba la flor y quizás cuando el sol brillara de nuevo en el ancho cielo azul no se distinguiría el lugar en donde acababa de ser enterrada; quizás nadie se acordaría de ella, ni siquiera las mariposas que tanto la lloraban.

IV

Iba á disolverse el acompañamiento cuando uno de los ruiseñores hizo signo de que quería hablar. El escarabajo levantó su varita é inmediatamente todos se aproximaron guardando un profundo silencio. Hasta el arroyo cesó de murmurar. El ruiseñor, posado en el tronco de un acebo, comenzó lanzando un trino brillante que pareció remontarse al cielo como extraña sonata; después batió sus alas, alzó la cabeza y cantó:

«¿Por qué lloráis, hermanas queridas, flores compañeras de nuestra existencia? ¿Por qué interrumpís, oh currucas, vuestros cantos? ¿Por qué, cigarras, no reanudáis vuestras alegres estrofas? Secad vuestras lágrimas, tended vuestras alas. No es hora ya de llorar; vuestro último lamento debe extinguirse con la noche, al aparecer el día que ya se anuncia.

»Nacemos con la primavera acariciados por el sol y con nosotros despiértase la naturaleza entera. Como ella somos eternos. Nosotros somos el perfume, la alegría, la canción; somos la gran primavera que nunca muere. Cuando llega el invierno y la nieve cubre la tierra con su inmenso sudario, las flores y los pájaros se van, pero se van para volver: no mueren, no hacen más que dormitar. El primer rayo de sol abre las alas y reanima las flores; los arroyos corren, brotan las hojas, reverdécense los zarzales y se renuevan las canciones.

»Por esto os digo: no lloréis. La rosa no ha muerto puesto que otras rosas nacerán en la misma rama en que ella se abrió; duerme tan sólo y no tardará en despertar. Lanzad, por el contrario, un grito de alegría y de amor para saludar y bendecir ese incesante renacimiento de las cosas que nos hace inmortales.

»Nosotros no perecemos, sino que somos y subsistimos: Dios nos creó para el mundo y con él y por él vivimos. No importa, oh rosas, que os marchitéis en vuestros tallos, y vosotras, violetas, podéis sin temor exhalar vuestro último perfume; si sucumbís, es para renacer luego mucho más bellas.

»Cesad, pues, oh cigarras, de entonar vuestras lentas y tristes melopeas; cantadnos, por el contrario, vuestras mejores canciones. Cantad á Dios, al sol, á las flores y á su perfume; cantad á la rosa que ya no existe, cantad á la que en breve florecerá.

»Mirad, la noche toca á su fin; á lo lejos aparece en el cielo la aurora, el día renace y el sol se prepara á enviarnos sus reflejos. Las yemas de las plantas se abren ya: es la vida que empieza nuevamente, es la rosa que vuelve á nuestro lado. La muerte no es más que una apariencia. La vida, como Dios, es eterna.»

V

Y como si de repente se hubiesen desgarrado las tinieblas, el sol apareció en el firmamento inundándolo todo con sus rayos de oro.

Las flores se enderezaron en sus tallos, los arroyos continuaron su interrumpido curso arrastrando sus aguas límpidas como cristal, los pájaros llenaron los aires con sus cantos, las hojas se cubrieron de rocío, y en la rama en donde muriera la rosa surgía una nueva flor que de repente había rasgado el verde capullo que la encerraba.

F. BEISSIER

SOBRE EL USO DE ALGUNOS REFRANES y frases proverbiales

Frecuente es el uso de la frase *Ni rey, ni roque*, y casi tan frecuente es escribirla mal.

Hácelo la generalidad poniendo *roque* con inicial mayúscula, cuando ni esta palabra ni la otra *rey* deben llevarla en este caso, porque ambas en él son simplemente dos nombres apelativos.

Roque no es en tal frase nombre propio de varón, que tenga por patrono al santo abogado contra la peste, sino el de cosa que nada tiene que ver con aquel bienaventurado.

Es pues *roque* en el caso de que se trata ni más ni menos que una pieza del juego de ajedrez, hoy más conocida por el nombre de *torre*, por tener ordinariamente esta figura. *Roqueta* se llama cierto torreón ó caballero de las antiguas fortalezas.

Hoy mismo dicen los jugadores *enrocar* á determinada manera de jugar el *roque*.

El refrán úsase diciendo que á uno no han de valerle *ni rey ni roque*, ó que cualquiera no teme *ni rey ni roque*.

La referencia al juego del ajedrez es evidente, porque al jugador torpe ó de mala suerte, no le sirve tener el *rey* ni el *roque* para dejar de perder, así como el hábil ó afortunado no teme ni *rey* ni *roque* de su adversario.

Esto demostrado no puede quedar duda de que las palabras *rey* y *roque*, cuando esta frase proverbial se use, deben escribirse con inicial minúscula, como nombres apelativos.

***

Castígame mi madre y yo trómpogelas.

Este refrán es ya muy poco usado, seguramente porque no se comprende bien su aplicación, á consecuencia del arcaísmo de su último vocablo, verbo anticuado, no sólo en su significación, sino en la forma gramatical con que en el refrán se emplea.



La oración fúnebre de la rosa

UNA HORMIGA HABÍA CAVADO EN LA TIERRA HÚMEDA UN PEQUEÑO AGUJERO

De aquí que cuando se escribe se ponga en *trómpogelas* el acento en la segunda *o*, siendo así que debe llevarlo en la primera.

Este refrán está usado en el *Quijote* (Parte II, c. LXVII) y en *La Dorotea* de Lope de Vega (Acto I, esc. VIII).

La palabra *trómpogelas* está sin duda compuesta de


La oración fúnebre de la rosa. – DESPUÉS TODOS DEPOSITARON UNO Á UNO UN POCO DE TIERRA EN LA TUMBA

trompo (yo), primera persona del singular del presente de indicativo, en su voz activa, del verbo anticuado *trompar*, que significa *burlar, engañar*, como el *tromper* francés.

Trompar significa también tañer un instrumento músico llamado trompa. Así en los libros de cuentas del rey don Sancho IV se mencionan los vestidos y raciones que se daba en palacio á quince «*tamboreros* ú omes de atambores, á cuatro *tromperos*, á dos saltadores y á los joglares ó músicos del *tamboret.*»

En *El rimado de Palacio* del caballero Pero López de Ayala, tratando de los letrados de aquel tiempo, dice en la estancia ó copla 319:

Pero non vos enojedes si el pleyto se alongare,
Ca non podrían los términos menos se abreviare,
Veremos qué vos piden ó qué quieren demandare,
Ca como ellos *tromparen* así convien danzare.

Amor trompero era frase *civil* ó sea grosera, que debía quitarse de la moda de decir, según Quevedo, en su pragmática del año 1600. Significaba amor *burlador, engañador*.

Usábala no obstante Tirso de Molina, que en *La Villana de Vallecas* hace decir á uno de sus personajes:

¡Ay, pobre de vos, Don Juan!
Mucho el zapato os aprieta,
Cogido os ha la carreta,
Zarazas os dió en el pan.
¿Así, á las primeras chispas,
Os quema el *Amor trompero?*
Pero es hijo de un herrero,
Es abeja y pare avispas.

(Act. II, esc. III.)

Continuando con la composición de *trómpogelas*, se ve que, además de *trompo*, se forma del pronombre personal *ge*, en su forma anticuada, en vez de *se*, y *las*, acusativo del plural del pronombre demostrativo *la*.

El refrán se aplica á los que siendo reprendidos repetidamente, se *burlan* ó no hacen caso de las reprensiones. Es como si dijera: «ríñeme mi madre y yo búrlome de sus riñas» *(trómpo-ge-las* ó *búrlo-se-las)*.

Es indudable por tanto que se escribe el acento en la sílaba *tróm* y no en la siguiente *po* y menos en *ge*, como algunos hacen, ignorando lo que es la palabra.

* * *

Cual digan dueñas.

Gran fama de bachilleras, entremetidas, murmuradoras y chismosas tuvieron las dueñas, mientras existieron en el mundo.

Así, cuando caía uno entre sus embustes lo ponían que, como suele decirse, no había por donde cogerle.

Tanto fué, que dieron ocasión á que se formase el refrán, poner á uno *cual digan dueñas*.

Este parecía el mayor encarecimiento del murmurar, porque el *decir* de las dueñas, en punto á deshollar con sus viperinas lenguas al prójimo, era el *non plus* de la difamación.

Parecióle á alguno poco la hipérbole y reformó el refrán añadiéndole un *no*, con lo que vino á quedar así: poner á uno *cual* NO *digan dueñas*, esto es, que ni las dueñas, con ser tan lenguaraces, podían llegar á tanto.

De ambas lecciones usaron nuestros clásicos. Tirso de Molina es partidario del primer modo, así escribió:

Ya los vestidos y señas
Del amo y criado sé,
Callad, que yo los pondré,
Lariso, *cual digan dueñas.*

(El vergonzoso en Palacio. Act. I, esc. VIII)

Y en *Amar por arte mayor*, dijo:

BERMUDO. . . . . . señora mía.
D.ª ELVIRA Yo os pondré...
BERMUDO. *Cual digan dueñas.*
Falta sólo, pues usía
Dueña se vuelve de dama,
Que eternamente gruñizan.

(Act. II, esc. V.)

Cervantes, que compitió con Quevedo en zaherir á tales marimantas, usó del refrán de la segunda manera. *Cual* NO *digan dueñas* escribió en la parte II, capítulo VIII de su *Don Quijote*.

Con tales autoridades bien podemos usarlo en una ú otra forma, pues siempre resultará el encarecimiento verdaderamente hiperbólico.

* * *

Tiene más fantasía que Rodrigo en la horca.

Muy general es usar este refrán diciendo: *tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca.*

Los que así lo hacen tienen por averiguado que tal refrán se originó á causa del suplicio que en la plaza Mayor de Madrid sufrió el 21 de octubre de 1621, el famoso ministro D. Rodrigo Calderón.

Autoriza esta opinión el historiador D. Modesto Lafuente (1) que escribió estas palabras: «Murió, dice un testigo que podemos llamar ocular (se refiere al historiador Vivanco), no solamente con brío, sino con gala, de donde vino el refrán castellano, *andar más honrado que D. Rodrigo en la horca.*»

Lo mismo afirma el erudito escritor D. Aureliano Fernández Guerra, en una de las notas con que ilustró las obras en prosa de D. Francisco de Quevedo, en el tomo XXIII de la *Colección de autores españoles* de Rivadeneyra (pág. 202).

Esto no es, sin embargo, exacto. Aparte de que Calderón, como caballero, no murió en la horca, sino degollado, antes de nacer aquel personaje existía ya en castellano el refrán, tal como se escribe á la cabeza de estas líneas, ó sea: *tiene más fantasía que Rodrigo en la horca.*

(1) Historia general de España. Parte III, lib. IV, cap. I.

Basta para convencerse de ello leer el raro libro titulado: *Laurentii Palmireni. De vera et facile imitatione Ciceronis, cui aliquot opuscula studiosis adolescentibus utilissima adjuncta sunt, ut sequenti pagella cognosces. Cæsaraugusta* 1560.

Entre los opúsculos añadidos se halla una colección de refranes de varios idiomas y entre ellos está el citado.

La coincidencia que existe entre el texto del refrán y lo acontecido con D. Rodrigo Calderón, debió ser causa de que, andando el tiempo, se creyera originado en el fin trágico del puntilloso marqués, que en el momento de ser degollado advirtió al verdugo Pedro de Soria, que no lo ejecutase por la espalda, pues no moría por traidor.

Una variante de este refrán se lee en la novela *Estebanillo González*, publicada bastantes años después de la muerte de Calderón. Dice así: «Había ido el capitán de nuestra compañía á la ciudad de Palermo á ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alférez, metía la guardia, llevando yo su bandera *con más gravedad que Perico en la horca*» (Cap. II).

* * *

Llamarse altana

Llamarse *antana* ó *andana*, según el diccionario de la Academia, es frase familiar, que significa *desdecirse uno de lo que dijo ó prometió.*

No explica la significación peculiar de las voces *antana* ó *andana*, para que pueda venirse en conocimiento de porqué se les ha dado por el uso aquel sentido.

El diccionario incluye también la palabra *altana* y dice que en el lenguaje de *germanía*, que era algo así como lo que hoy se ha dado en llamar *flamenco*, significaba *iglesia* ó *templo.*

Nadie ignora que en los pasados siglos ciertas iglesias fueron lugares de asilo para los delincuentes, que burlaban, acogiéndose á ellos, las persecuciones de la justicia.

La gente germanesca y arrufianada, los llamados en los siglos XVI y XVII *valientes*, dictado que se les dió más que por antonomasia, por ironía, los Escarramanes, los Villodres y Maladros, que *garlaban* ó hablaban la lengua de *germanía* para comunicarse sus fechorías, inventaron sin duda la frase *llamarse altana*, que entre ellos significaba, no desdecirse de lo dicho ó prometido, sino ponerse en salvo, acogiéndose á sagrado, cuando la autoridad los perseguía.

Quevedo, que en sus inimitables y agudísimas jácaras, nunca bastante estudiadas, se valió frecuentemente del lenguaje y modismos de los jácaros ó rufianes, demuestra bien lo que la palabra *altana* significaba.

A alguno de los valientes que pinta, llama *flor de la altana*, ó *flor de todas las altanas*, sin duda porque á todas las iglesias se acogía ó en todas *florecía*, obligado á ello por sus muchos desaguisados.

De uno dijo:

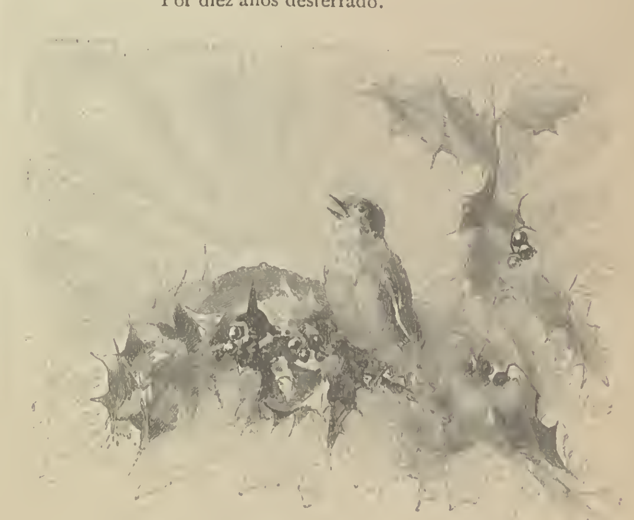
De un torniscón de una losa,
Pantoja, *flor de la altana*,
Murió, llorándole todos
Los que navegan en ansias.

Y escribió de otro:

Armándose está en Utrera
Ese buen Miguel de Silva,
Flor de todas las altanas
Y el que otras flores marchita.

En el romance anónimo, señalado con el número 1764 del romancero de Durán, se lee:

En Toledo en el *altana*
Un lobo (2) mayor se ha entrado,
Que salía de la trena (3)
Por diez años desterrado.


La oración fúnebre de la rosa.—¿POR QUÉ LLORÁIS?

Más adelante añade, hablando del jaque y su verenda:

El lobo se va á la *altana*,
Su hiza (4) se entra en el cambio (5).

(2) *Lobo*, en germanía, significa ladrón, según el diccionario de Juan Hidalgo, autor también de jácaras agermanadas.
(3) *Trena*, cárcel.
(4) *Hiza ó iza*, ramera.
(5) *Cambio*, burdel ó mancebía.

En el romance 1765, una moza del trato germanesco dice de sí misma:

Tengo para ir á la *altana*
El cernícalo (1) guardado,
Con pumente (2) guarnecido
Y rico alcorque (3) dorado.

Siendo *altana* la palabra germanesca equivalente á iglesia, explican bien el significado de la frase de que trato estos versos del citado Quevedo, cuando en otra jácara hace decir al jaque Villagrán:

Tienen la tirria conmigo
Los confesores de historias,
Mas sólo *iglesia me llamo*,
Pueden hacer que responda.

Así como el que se acogía á sagrado se desentendía de la justicia, de igual manera el que se desentendía de cualquier otra cosa decía, por semejanza, imitando á la gente de la carda: *iglesia, ó altana me llamo.*

Julio Monreal

NOTICIAS VARIAS

Hawai: *Colonos japoneses.* – La Sociedad de Kinshu-kwai (Sociedad de abstinencia de toda bebida alcohólica) creada en Hawai por iniciativa de M. Ando, cónsul del Japón, en beneficio de los colonos japoneses, ha dado, al parecer, resultados excelentes. M. Ando tiene á su cargo, desde 1866 la vigilancia de los millares de japoneses establecidos en las islas Hawai: habiendo observado que sus nacionales se entregaban á una vida disoluta apeló á todos los medios posibles para combatir tales tendencias. En 1887 tuvo la suerte de que se asociara á su obra el misionero protestante, M. Miyama, quien, apenas llegado de San Francisco, inauguró una serie de conferencias contra los abusos de las bebidas alcohólicas. MM. Ando y Miyama fundaron una Sociedad de templanza; al principio treinta personas á lo sumo frecuentaron esta Sociedad, pero los organizadores de tan saludable institución no desmayaron y en menos de año y medio han visto aumentar hasta 2000 el número de sus adeptos. Esta Sociedad tiene también por objeto inculcar el espíritu de economía en los japoneses que habitan en estas islas.

La feria de Nijni-Novgorod. – Se ha observado este año un progreso notable en el movimiento de los negocios de la feria de Nijni. Las antiguas construcciones de madera han sido reemplazadas por casas de piedra, el número de hoteles ha aumentado á pesar de lo cual casi no bastan para atender á las exigencias del público. Los teatros, los circos, la iluminación eléctrica y los acueductos son otros tantos indicios de la prosperidad de esta feria, en la cual se ha operado con el transcurso de los años un cambio en el sistema de comercio, pues así como antes dependía este por entero de un pequeño grupo de grandes capitalistas, ahora dominan los pequeños comerciantes. Las tres cuartas partes de los mercaderes se dedican á la venta al por menor y muchos hacen el comercio de cambio vendiendo las mercancías que han llevado á la feria y comprando otras para revenderlas en sus habituales residencias. El número de visitantes aumenta de día en día elevándose en la actualidad á cerca de 200.000, sin contar los que allí acuden procedentes de Nijni y de los pueblos más inmediatos. Merecen ser estudiadas las operaciones que se hacen en vinos rusos; la venta de éstos en aquel mercado alcanza ya grandes proporciones y las casas extranjeras empiezan á comprarlos, cosa hasta ahora nunca vista. El corresponsal de *Novoié Vremia* señala el estado próspero de la feria de Nijni fijándose especialmente en la gran actividad que se observa en la sección de hierros. Desde hace cuarenta años, dice, el mercado de hierro no ha cesado de desarrollarse y ha adquirido al presente proporciones considerables. En los últimos años se llevaban á la feria diez millones de *pouds* de hierro y todo hace creer que pronto se pasará de esta cifra. Entre las medidas provisionales adoptadas hace tres años para mientras dura la feria hay una que funciona con buen éxito y que ha conquistado gran popularidad: nos referimos á una comisión especial destinada á resolver las cuestiones que se suscitan entre los mercaderes y el público. La rapidez con que dicta sus sentencias le ha ganado las simpatías de todo el mundo. El número de negocios que le han sido sometidos en el espacio de 45 ó 50 días asciende á 1300 ó 1400 y á lo sumo treinta de ellos no han podido ser resueltos amistosamente.

(De la *Gazette Geographique*)

(1) *Cernícalo*, manto.
(2) *Pumente*, refajo ó faldellín.
(3) *Alcorque*, chapín ó zapato.



ANTES DEL ENSAYO, cuadro de Federico Fehr.

El ferrocarril resbaladizo de la Explanada de los Inválidos.— Entre las pocas novedades mecánicas que ha ofrecido la Exposición de París merece llamar la atención el ferrocarril resbaladizo establecido por Mr. Barre en una extensión de 165 metros y cuya ventaja estriba en la economía de fuerza de tracción que significa la disminución del roce de la rueda con el rail sustituyendo la primera por un patín é interponiendo entre éste y aquél una ligera capa de agua.

Los primeros estudios de este sistema se deben al eminente ingeniero hidráulico Mr. Girard, quien llegó á construir un modelo de pequeñas dimensiones: víctima de la guerra franco-prusiana, no pudo hacer las pruebas en grande escala en la línea de Calais á Marsella que para ese objeto le había concedido el gobierno en 1869.

Mr. Barre que había sido colaborador de Mr. Girard ha reproducido ahora el invento de éste introduciendo en él algunas modificaciones. Las figuras que reproducimos representan la vista exterior del tren resbaladizo (fig. 1.ª) y la vista detallada de los principales órganos del sistema, que son: el patín del wagon, el rail y el propulsor, cuya descripción minuciosa no hacemos porque además de salirse del terreno de esta Ilustración, ha sido publicada por innumerables revistas y periódicos técnicos.

Sólo diremos que á pesar de ser muy ingeniosa, la aplicación del ferrocarril resbaladizo quedará probablemente limitada durante mucho tiempo á casos especiales en líneas de corta extensión, pues para una explotación en largos trayectos se presentan una porción de dificultades hoy por hoy casi imposibles de vencer, siendo la principal de ellas la de obtener un motor independiente de la vía que permita suprimir el conducto de agua que corre á lo largo de ella y los propulsores en la misma fijos, que con su chorro á gran presión ponen en movimiento el tren cuyos wagones primero y último los abren y cierran respectivamente por medio de un juego de agujas.

La idea es ingeniosa y económica y merece ser estudiada, pues el día que pudiera perfeccionarse y recibir aplicaciones variadas tendríamos un nuevo sistema de tracción sumamente cómodo para los viajeros especialmente y sin duda más barato que el de los actuales ferrocarriles.

(De *La Nature*)

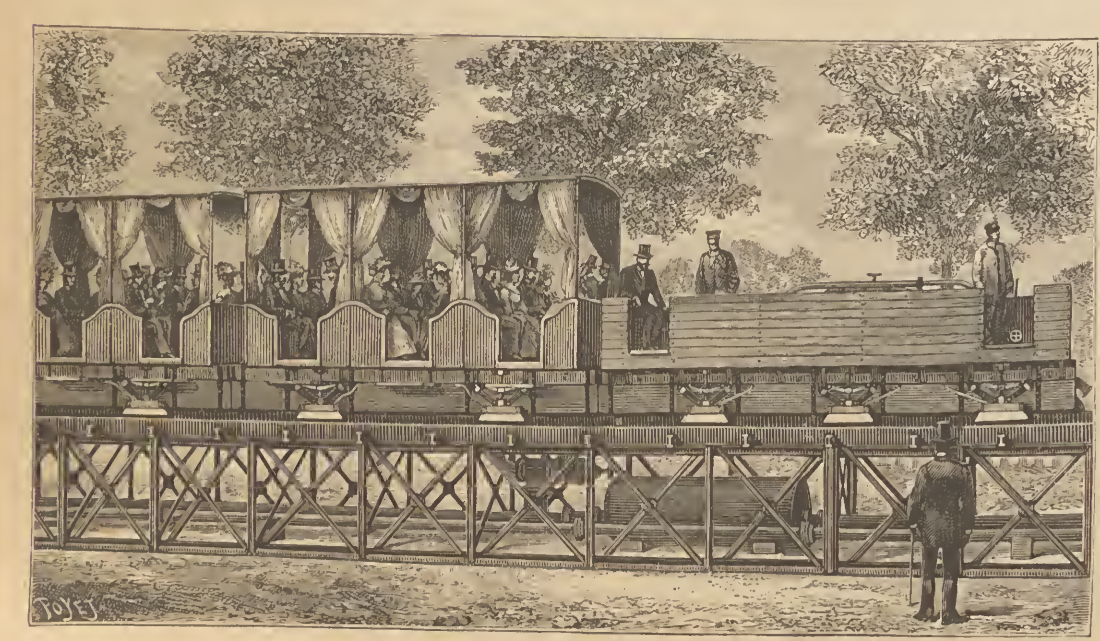


Fig. 1.—Ferrocarril resbaladizo de la Exposición Universal (Explanada de los Inválidos. París)

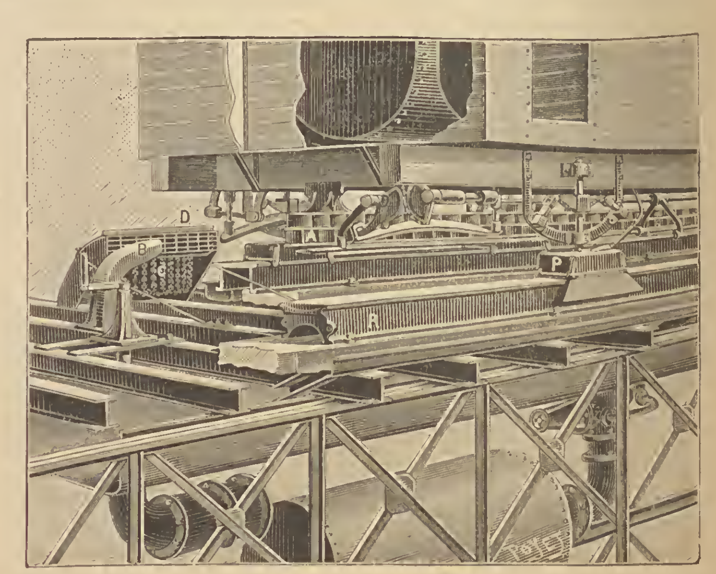


Fig. 2.—Detalle del mecanismo. – P. Patín de los wagones. – R. Rail de deslizamiento. – A. Alabes del wagón que reciben el chorro de agua de propulsión. – B. Extremo del propulsor por donde sale el agua. – D. Amortiguador. – C. Cadenas colgantes sin fin.

Imp. de Montaner y Simón